

INTERROGATORIO...

– El Acónito común, conocido también como matalobos, es una flor originaria de las regiones montañosas de Europa. Suele encontrarse en bosques, en lugares húmedos y un tanto sombríos. Es una de las flores más bonitas que se haya podido descubrir, pero tocarla podría ser bastante peligroso. Es una planta venenosa que contiene elevados niveles de aconitina, una sustancia muy activa y tóxica. Además, tiene un “pasado bastante oscuro” ya que los científicos nazis la empleaban para envenenar balas y los pastores en la antigua Grecia untaban el veneno en sus flechas para liberarse de bestias salvajes como los lobos. Puede causar la muerte e incluso –dijo mientras miraba las esposas que rodeaban sus muñecas –, se conocen casos en los que el veneno hace efecto al contacto directo con la piel. Puede anotar eso también en su libretita si lo cree necesario.

– Bueno –dije mirándolo atónito a los ojos–, me parece una información un tanto interesante, de jardinero profesional diría yo. Aunque si le soy sincero, no creo que esos conocimientos botánicos vayan a librarle de una cadena perpetua.

– ¿Cómo dice? ¿Cadena perpetua? Creo que ha habido un error Señor...– susurró a la vez que despegaba su cuerpo del respaldo de la silla para acercarse más a mí y ver el nombre inscrito en mi placa... Señor Jasid. ¡Vaya! Bonito nombre, no lo había escuchado nunca.

– Es de origen hebreo –le dije con voz firme–, aunque a usted eso no le importa absolutamente nada –Por primera vez desde que entré en aquella habitación, sentí como un escalofrío recorría todo mi cuerpo. Olía a humedad en todos los rincones de aquella pequeña sala. No había ventanas ni aire acondicionado, tan solo una puerta de madera y un cristal tintado de negro que no dejaba ver lo que había al otro lado. Todas las cosas típicas de una sala de interrogatorios supongo. También había una mesa, una mesa metálica situada en el medio de la sala y que era el único material que separaba a aquel asesino de mí. Yo en un extremo de la mesa, analizaba sus respuestas; y él en otro, aprovechaba cualquier oportunidad para intimidarme y hacerme parecer un completo

estúpido. El mono naranja le daba un toque de respeto y superioridad, al igual que sus manos, rugosas y con todos los nudillos ensangrentados. No puedo negarlo, tenía miedo. Y después de lo que le acababa de decir, esperaba que me respondiera con un comentario grosero o incluso que apartara de un empujón la mesa que nos separaba y se abalanzara sobre mi para intentar matarme. Pero en cambio, continuó sentado sin hacer movimiento alguno, manteniendo sus pupilas clavadas en mi rostro.

– Se te acusa de homicidio. Mas concretamente de genocidio. Un delito bastante grave en el ámbito penal y judicial de hoy en día. Así que dime, ¿por qué lo hiciste?

– Ya se lo he dicho Jasid. –suspiró entrelazando los dedos de sus manos–. Todos vosotros sois un matalobos, una planta venenosa que debería mantenerse aislada del resto porque podéis acabar con nosotros, los que realmente valemos en este mundo. Sois una raza despreciable con una cultura y origen que no deberían de existir. ¿Sabes qué? Cuando era pequeño, había un niño árabe en mi clase. Mi grupo de amigos y yo nos metíamos con él todos los días. Su color de piel, su forma de hablar, como iba vestido...todo era diferente, y eso –explicó apretando fuertemente la mandíbula – hacía que nos hirviese la sangre. Pero había un problema, y era que aún no estábamos preparados para acabar con él. No teníamos ni recursos ni dinero suficiente para comprar armas y poder matarle. Pero ahora... bueno, ahora básicamente puedo matar a cualquiera que no se ajuste a mis ideologías.

Sentí un golpe muy intenso en la cabeza y un dolor extraño en la palma de la mano. Un par de segundos después, descubrí que me había clavado la uña de la mano en la piel por haber apretado el puño demasiado fuerte mientras él estaba hablando. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Pero no eran lágrimas como las que tienes cuando te caes de la bici o cuando pierdes tu juguete favorito. Eran lágrimas de ira y de pena. Ira por el sentimiento de furor que tenía cuando terminó de hablar; y pena, por el sentimiento de tristeza que se proyectaba en mi mente cada vez que recordaba los pensamientos equivocados que aquel criminal tenía en su cabeza.

Durante los siguientes minutos reinó un silencio incómodo, hasta que por fin decidí hablar:

– A mí también me gustan las flores. Es más, creo que voy a hablarte sobre una de mis favoritas –fue lo único que se me ocurrió decirle. Es prácticamente imposible modificar las ideas y los prejuicios de la mente de una persona, y mucho menos las ideas que han motivado a un asesino a matar. Son conceptos que se adquieren porque vivimos rodeados de ellos: los oímos, los vemos y creemos en ellos. Realmente, a cada uno de nosotros nos han enseñado a pensar de una cierta manera y nos han convencido de que eso es lo correcto y que cualquier cosa que no siga las mismas perspectivas o enseñanzas es algo distinto y consecuentemente malo. Es imposible conseguir que todas las personas de este mundo piensen igual, o vivan igual, o tengan los mismos gustos y hagan las mismas elecciones. Sinceramente me resulta divertido ver como todavía seguimos luchando por conseguirlo, por lograr construir una misma mentalidad en un futuro. Pero dejadme decir que no, no va a ser posible. Se dice que cada cabeza es un mundo, que cada persona percibe su entorno de manera diferente, y es que lo que pensamos que es real e igual para todos, es tan solo la imagen que nuestro cerebro quiere darnos a entender. Una imagen única que jamás logrará ser igual a la que tienes tú, la que tengo yo o la que tiene la persona sentada delante de mí en estos momentos. Porque cada individuo, como ya he dicho, desarrolla pensamientos completamente diferentes.

Por todo eso sabía que no iba a hacer cambiar de opinión al hombre que tenía delante de mí. Ni yo, ni un juez, ni una ley, ni siquiera la palabra culpable iban a cambiar lo que acababa de decirme. Así que, decidí contarle una historia, decidí cambiar la perspectiva y hablarle sobre algo en lo que aparentemente estaba interesado: las flores.

– Cuando yo era pequeño mi madre cultivaba Mimosas Púdicas. Es una flor bastante peculiar que también es conocida como planta de la vergüenza. Al tocarla o acercarla algún objeto caliente la planta se encoge y cierra sus hojas. Se aísla de lo que la rodea como si tuviera miedo de que algo o alguien pudiera hacerla daño. Tiene características diferentes al resto de las flores de su entorno: su

color es distinto, florece en verano, sus raíces son frágiles y su vida es corta, 5 años aproximadamente –me dispuse a mirarle, y al ver que escuchaba atentamente, le pregunté–: ¿Arrancarías la flor por ser tan distinta al resto?

Permaneció quieto, analizando cada una de las palabras mientras miraba los nudillos de sus manos.

– No creo que mi respuesta a esa pregunta vaya a cambiar la opinión de un tribunal sobre la condena que me merezco.

– No lo cambiaré. Pero...tengo curiosidad por saber que sentirías si fueses esa flor. Si tuvieras que vivir con un constante mecanismo de defensa cada vez que alguien se acerca a ti. Protegerte con tan solo unos cuantos pétalos y esperar que nadie te haga daño. ¿Te suena ese sentimiento? –pregunté–. Creo que no. Siempre has estado en el otro lado de la historia, jugando ese papel de personaje malvado, pero... ¿por qué?

– La miseria conduce al crimen supongo. Siento placer destruyendo a personas que son más débiles que yo y que no se pueden defender. Después de todo, en este país quien manda es mi raza, mi origen. ¿Quién acudiría a vuestra ayuda?

Me quedé en silencio y fue entonces cuando me di cuenta de que no estaba hablando con un simple asesino, sino que tenía delante de mí a un psicópata bastante peligroso.

Nuestras miradas coincidieron, expectantes e incluso amenazantes. Vi un vacío inexplicable en sus ojos: apagados, tristes, llenos de odio y seguramente de venganza. No se decir con exactitud cuales eran las preocupaciones de aquel hombre, pero lo que si tenía claro es que la mayoría de las personas que viven día a día con estos sentimientos no han tenido una vida fácil. Por un momento me puse a pensar en quien era él realmente, en cuál era su verdadera identidad. ¿Una parecida a la de una flor que está continuamente intentando protegerse? ¿O una personalidad parecida a la de una flor venenosa y mortal con un “pasado bastante oscuro”? Le di mil vueltas en mi cabeza sin dejar de

mirarle. Si queremos saber a donde vamos, primero tenemos que descubrir de que estamos huyendo, y él, con esos ojos tan apagados, seguramente estaba huyendo de lo que algún día fue su peor pesadilla. ¿Y qué hacía para conseguirlo? La respuesta era sencilla: matar y odiar a aquellos que consideraba inferiores y distintos a él. Se había convertido en su propio asesino.

Una mueca se le dibujó en la cara y movió los labios para articular una frase, probablemente la última de aquel interrogatorio.

–Ya le he dicho que no sé porque lo hago, y tampoco sé si algún día dejaré de querer hacerlo. Lo único que no entiendo y que me pregunto muy a menudo Señor Jasid –y pronunció mi nombre con un tono acentuado y a regañadientes –, es por qué no puedo matar a esos seres tan insignificantes e indiferentes. De todas formas, todos vamos a morir algún día, ¿no cree?

– Entonces dígame –le dije levantándome despacio –¿Es capaz de seguir matando a personas tan solo porque piensan y son diferentes a usted?